

El poder de la palabra de Dios

Pastor Tim Melton

En los siglos XVI y XVII, las iglesias de Europa occidental eran católicas romanas. En ese momento de la historia la misa semanal se hacía en latín. La mayoría de la gente no leía, e incluso si lo hicieran, no entendían latín.

Fue durante estos años que Martín Lutero y otros comenzaron a desafiar la forma en que lo estaba haciendo la iglesia. Uno de los resultados de esta Reforma fue que la Biblia comenzó a traducirse a los idiomas de la gente común. Ya no solo la élite religiosa y los instruidos tenían acceso a la Palabra de Dios. Resultó en un despertar espiritual que se extendió por todo el continente y cambió el panorama cultural de muchas maneras. Fue un testimonio del Poder de la Palabra de Dios.

A medida que las Escrituras se traducían a los idiomas de la gente común, esto se amplificó con la invención de la imprenta. Aquellos que tenían fe ahora podían ir más allá del ritual religioso vacío y de una explicación de Dios de segunda mano, y entrar en una relación íntima con Dios y Su Palabra. No solo se transformaron vidas individuales, sino que este continente se transformó.

Aparte esto, muchos conocieron la frase *“sola scriptura”*. Testificaba del hecho del poder y la suficiencia de la Palabra de Dios. En las próximas páginas veremos cuán esenciales eran y siguen siendo las Escrituras en la vida de la iglesia hoy.

Al mirar el sermón de Pedro en Hechos 2, primero debemos recordar lo que se ha descrito en el capítulo anterior de Hechos 1. Jesús fue crucificado para pagar por nuestro pecado. Dios lo resucitó de entre los muertos, probando que la pena por el pecado, la muerte, había sido pagada en su totalidad. Jesús se apareció a sus seguidores durante los siguientes 40 días, y les indicó que regresaran a Jerusalén y esperaran la venida del Espíritu Santo. Jesús luego ascendió al cielo. Con gozo, estos seguidores de Jesús, que eran 120, regresaron a Jerusalén y esperaron. Hechos 1:14 dice lo siguiente: *“Todos estos perseveraban unánimes en oración y en ruego.”* Se nos dice que este número incluía a los apóstoles e incluso a María, la madre de Jesús, y a Sus hermanos. Esperaron y oraron, sin saber cuándo ni cómo vendría el Espíritu Santo.

Hechos 2 nos cuenta lo que sucedió 10 días después:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. ² Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. ³ Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. ⁴ Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

¿Te imaginas cómo debió haber sido? Un sonido como un viento impetuoso. Lenguas de fuego posándose sobre cada uno de ellos. Llenos del Espíritu Santo. Hablando en idiomas extranjeros. Pero, ¿por qué necesitaban idiomas extranjeros? El siguiente versículo nos dice:

⁵ Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. ⁶ Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. ⁷ Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: ¿No son galileos todos estos que hablan? ⁸ ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? ⁹ Partos, medos, elamitas y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea en Capadocia, en el Ponto y en Asia, ¹⁰ en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, ¹¹ cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas la maravilla de Dios. ¹² Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? ¹³ Más otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto.

Las obras del Espíritu despertaron curiosidad y llamaron la atención sobre la venida del Espíritu. Su capacidad para hablar idiomas extranjeros de manera sobrenatural permitió que todas las personas entendieran el mensaje. Reunió a una multitud y despertó interés. Una vez que la multitud se hubo reunido, Pedro, ***“poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló.”***

Primero descartó la creencia de algunos en la multitud de que los discípulos estaban borrachos. Pedro argumentó que la embriaguez no era posible porque solo eran las 9:00 AM. Algunos podrían decir que este es un argumento débil, porque hay alcohólicos que beben muy temprano en la mañana, pero los de la cultura judía no. El tiempo antes de las 9:00 AM era para los devocionales matutinos. No comían ni bebían antes de las 9:00 AM, especialmente en sábado o en una festividad judía como Pentecostés. Esta práctica habría sido tan conocida como la norma cultural que, tan pronto como Pedro llamó la atención sobre esto, los cínicos se habrían sometido al razonamiento de Pedro.

Ahora bien, este fue un impulso del momento, un sermón espontáneo para una multitud internacional. Sus oyentes judíos, que estaban en la ciudad para Pentecostés, tenían una buena comprensión del Antiguo Testamento. Por eso Pedro comenzó por las profecías del Antiguo Testamento señalando los eventos de ese día como el cumplimiento de las Escrituras acerca del Espíritu Santo. Vemos en este sermón no planeado lo bien que Jesús debía haber preparado a sus discípulos. Pedro conocía tanto la verdad como el espíritu de las Escrituras. Había memorizado las Escrituras, pero Pedro también podía reunir claramente las verdades más amplias de las Escrituras y el evangelio, y presentarlas de una manera que llevara a sus oyentes claramente desde el Antiguo Testamento a Cristo.

Pedro primero les señaló al profeta Joel:

¹⁷ Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. ¹⁸ Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. ¹⁹ Y daré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo. ²⁰ El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto. ²¹ Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Pedro les recuerda a sus oyentes judíos las palabras del profeta Joel. Que en los últimos días Dios derramaría el Espíritu Santo sobre Su pueblo. La venida del Espíritu Santo en Pentecostés marcó el comienzo de los últimos días. Estos “Últimos Días” continuarán con eventos futuros que culminarán en el Día del Señor, el regreso de Cristo.

Continuando con el sermón de Pedro, en Hechos 2:22-24:

²² Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; ²³ este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; ²⁴ al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.

La primera prueba que ofrece Pedro es la vida de Jesús. Era conocido en Judea, Samaria y Galilea por todas las maravillas que Dios había hecho por medio de Él. Ya sea la resurrección de los muertos, la curación del leproso, dar la vista a los ciegos, el apaciguamiento del mar, convertir el agua en vino o enseñar como nadie había enseñado antes, mediante obras poderosas y maravillas que Dios había hecho, hizo evidente que Jesús de Nazaret era el Mesías. Como dice en Hechos 26:26, **“Pues no se ha hecho esto en algún rincón.”** Cualquiera que fuera honesto consigo mismo tendría que admitir que la mano de Dios estaba sobre este Jesús de Nazaret.

Este mismo Jesús había sido entregado, según el plan de Dios, a las multitudes judías que habían hecho crucificar a Jesús. Al tercer día, Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, liberándolo de la muerte.

Es probable que muchos de los que escuchaban a Pedro ese día habían oído el anuncio oficial falso recogido en Mateo 28:12-14: **“...Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: ‘Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos y os pondremos a salvo.’”**

En contraste con esta historia falsa, la crucifixión de Cristo fue verdadera y fue planeada por el Padre. Si la muerte de Jesús fuera solo la violencia de la multitud y una combinación de decisiones de muchas personas individuales que por casualidad coincidían de manera correcta, el mismo día, con las profecías del Antiguo Testamento, entonces no sería posible que seamos salvos **“con la sangre preciosa de Cristo, ya destinado desde antes de la fundación del mundo.”** (1 Pedro 1:18-21)

Nuestro Dios soberano estableció un plan intrincado que se evidencia desde el Génesis, a través de Moisés, el cordero de Pascua, el sistema de sacrificios, los escritos del rey David, los profetas y los muchos detalles que se establecieron para que en la plenitud del tiempo Dios enviara a Su hijo para ser el Salvador del mundo (Gálatas 4:4).

Nuestra salvación a través de la crucifixión y resurrección de Cristo no dependió de la veleidad del hombre o de las probabilidades de la casualidad. "Fue entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios."

Seguimos a un Dios que ha establecido intencionalmente un plan para redimirnos para Él. Al mismo tiempo, Pedro claramente culpa a sus oyentes incrédulos diciendo: ***"A este... prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole."*** Eran culpables de la crucifixión del Mesías, aunque en realidad no habían clavado los clavos en sus manos. Aquí vemos una vez más la soberanía de Dios coexistiendo con la responsabilidad del hombre.

Pedro luego continuó:

²⁵ Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra no seré conmovido. ²⁶ Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aún mi carne descansará en esperanza; ²⁷ porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. ²⁸ Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia."

Pedro ha citado las palabras del rey David y ahora explica lo que significan. Es interesante que comenzara con la palabra "hermanos", no eligiendo una posición de confrontación, sino afirmando una relación con sus oyentes como un compañero judío y otro ser humano.

" ²⁹ Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. ³⁰ Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, ³¹ viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción."

La segunda prueba que usó Pedro fueron las palabras proféticas del rey David. Pedro estaba hablando con judíos que creían en las Escrituras del Antiguo Testamento. Pedro les estaba aclarando que las palabras de David no podrían haberse referido a sí mismo, porque David había muerto, estaba enterrado y su tumba todavía estaba con ellos hoy. Las palabras de la profecía de David habían hablado de "tu Santo" que no fue abandonado al Hades, la muerte, y cuyo cuerpo no vería corrupción ni decadencia. Estas palabras describían al Mesías cuya vida no terminaría con la muerte.

Pedro luego continuó con su tercera prueba:

³² A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

La responsabilidad principal de los discípulos era ser testigos de lo que habían visto con sus propios ojos (Hechos 1:8). Los discípulos no fueron enviados a establecer una nueva teología sistemática. No eran eruditos ni filósofos. Eran hombres comunes, testigos presenciales, y se suponía que debían contar lo que habían visto y explicar lo que significaba.

Debían testificar de su relación personal con Jesús y Su venida a la tierra, de su impecabilidad, de Sus milagros, de ser el Hijo de Dios, de que murió por los pecados del hombre y, en última instancia, de la resurrección de Cristo. Debían ser, ante todo, testigos que testificaran del hecho de Cristo.

Hay que recordar que al principio ni siquiera los discípulos creyeron (Marcos 16:9-14; Hechos 1:3). Debido a esto, Jesús les dio **“muchas pruebas y se les apareció durante 40 días”** después de su resurrección. No tenían nada que ganar estando con Jesús, y todo que perder. Y sin embargo, aquí estaban arriesgando todo para dar testimonio de Jesús y explicación de la venida del Espíritu Santo.

Pedro continuó con su cuarta prueba:

³³ Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. ³⁴ Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: “Dijo el Señor a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.’”

Con las palabras del rey David, Pedro les está mostrando que el Señor supremo, Dios el Padre, le dijo al Señor de David, el Mesías prometido, que se sentara a la diestra de Dios el Padre. Y siendo exaltado a la diestra del Padre, el Mesías ha recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo. El Mesías, que ahora está sentado a la diestra del Padre, ahora ha derramado el Espíritu Santo sobre Sus seguidores, y eso es lo que la multitud está viendo y oyendo.

Cuando combinas todo lo que dijo Pedro, ¿quién debe ser este Mesías? Jesús de Nazaret. La obra del Espíritu Santo es la prueba de que Jesús está ahora en el cielo. Si Jesús estuviera muerto, no podría enviar al Espíritu Santo. Si Jesús no estuviera a la diestra del Padre, no podría enviar al Espíritu Santo. Jesús está vivo y ha enviado al Espíritu Santo. Como Jesús dijo a sus discípulos en Juan 16:7: **“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviaré .”**

³⁶ Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

Pedro ahora declara la identidad de Jesús de Nazaret como Señor y Cristo, el Mesías prometido. Luego termina con la verdad demoledora: **“a quien vosotros crucificasteis.”**

Los judíos habían estado esperando al Mesías prometido durante siglos. Él sería el último libertador del pueblo judío que se sentaría en el trono del rey David para siempre. Ahora había venido y lo habían matado.

La historia continúa...

³⁷ Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? ³⁸ Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. ³⁹ Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. ⁴⁰ Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. ⁴¹ Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.

El Espíritu Santo tomó la verdad del evangelio y trajo la convicción del pecado y la verdad al corazón de muchos en la multitud (Juan 16:8, 13). En respuesta, Pedro les habló de la salvación, el perdón y la oportunidad de recibir el Espíritu Santo. Con más palabras, Pedro dio testimonio y los exhortó a tomar posesión de esta salvación que se encuentra en Jesucristo. Como los discípulos predicaron a varias personas en varios idiomas, dice: ***“y se añadieron aquel día como tres mil personas.”***

Es interesante notar que la convicción de pecado y el arrepentimiento no vinieron inmediatamente después del viento recio, las lenguas de fuego o incluso el hablar en lenguas. Llegó después de que Pedro y los discípulos predicaron sobre Jesucristo.

Romanos 10:14 destaca el papel de la predicación de Cristo con estas palabras: ***“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”***

La verdad de Dios acompañada por el Espíritu de Dios (Juan 16:8) trajo arrepentimiento. Pedro predicó la verdad y por medio de ella el Espíritu convenció a los judíos de su pecado. Ese es el poder de la Palabra de Dios.

A lo largo del libro de los Hechos vemos que la iglesia primitiva continúa confiando en las Escrituras como su sustento. Cuando la persecución contra los cristianos estalla en Jerusalén, en Hechos 8, ***“los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.”*** En Hechos 8:26-40, Felipe lee las Escrituras al eunuco etíope, y a través de la lectura y explicación de la Palabra de Dios, el eunuco etíope cree en Jesús. A lo largo de los viajes misioneros del apóstol Pablo, él proclamaba el evangelio de Jesucristo y la gente llegaba a la fe. La Palabra de Dios los guiaba en sus decisiones, su misión y su ministerio, a medida que tomaba forma la iglesia primitiva.

Vemos su comprensión de la Palabra de Dios en sus escritos:

Hebreos 4:12 nos dice que ***“la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos... discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”*** La Palabra de Dios tiene poder espiritual para formarnos, moldearnos, refinarnos y convencernos mientras el Padre obra en nuestras vidas para hacernos como Cristo. No son escrituras estáticas como un libro de historia o una novela de ficción. La Palabra de Dios está activa en la vida de uno. Al leerla, escucharla, memorizarla, meditarla, ministrarla a otros y obedecerla, descubrimos que tiene el poder de cambiarnos.

Efesios 6:17 describe la Palabra de Dios como ***“la espada del Espíritu.”*** Así como Jesús usó las Escrituras para defenderse de las tentaciones de Satanás en el desierto, nosotros también debemos estar preparados para luchar contra el maligno cuando nos ataque. Necesitamos la verdad para repeler las mentiras.

Mira lo que dicen las Escrituras sobre lo que la Palabra de Dios logra en nuestras vidas:

La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (Ro. 10:17). Mediante la consolación de las Escrituras tengamos esperanza (Ro. 15:4). Los que aman tu ley, no hay para ellos tropiezo (Salmo 119:165). Recibiremos consuelo en nuestra aflicción, y la promesa de Dios nos da vida (Salmo 119:50). Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino (Sal. 119:105). La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples (Sal. 119:130). Se deshace mi alma de

ansiedad; susténtame según tu palabra (Sal. 119:28). *Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón* (Salmo 119:111).

La Palabra de Dios nos ayuda a comprender todo lo que nos rodea. Luchas, aciertos, personas y cosas. Sufrimiento y alegría. Tentaciones y triunfos. Bien y mal. Verdad y mentira. Incluso nuestro propio pecado y quiénes somos realmente en Cristo. La Palabra de Dios nos explica la verdadera realidad de esta vida que Dios ha creado para nosotros, y luego la hace posible en nuestras vidas. Grandes son los beneficios de la Palabra de Dios.

Jesús describió la vida de quien escucha y vive Sus enseñanzas como quien construye su casa sobre una roca: ***“Descendió lluvia, vinieron ríos, y soplaron vientos y golpearon contra aquella casa; y no cayó.”*** (Mateo 7:25)

Cuando tratamos de construir nuestra vida sobre cualquier otra cosa que no sea la Palabra de Dios, puede parecer lógico e incluso funcionar por un tiempo, pero cuando vienen las tormentas de la vida, la verdad se aclara. Nuestra confianza fuera de lugar queda entonces expuesta por lo que realmente es y nos quedamos solo con inestabilidad y una sensación de desesperanza.

¿Te imaginas descubrir esta semana que has perdido tu trabajo? Pero en lugar de estar enojado, amargado y consumido por la preocupación, las verdades de la Palabra de Dios te vienen a la mente. Recuerdas la instrucción de Dios en Mateo 6:25: ***“Por tanto os digo: no os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir.”*** Luego piensas en la promesa de Dios en Mateo 6:33 que dice: ***“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”*** Entonces, incluso antes de escribir tu nuevo CV o buscar en LinkedIn para encontrar un nuevo trabajo, tienes una mejor idea. Pasas la tarde “buscando a Dios primero” y obteniendo una perspectiva adecuada de tu situación. Después, estás armado con la promesa de la provisión de Dios y Su paz mientras comienzas a pensar en tus próximos pasos para encontrar un nuevo trabajo.

¿Te imaginas, ser humillado por tu jefe? ¿No ser apreciado por tu excelente trabajo? Pero has estado guardando la Palabra de Dios en tu corazón, y esta vez, en lugar de estar enojado, amargado y vengativo, tu corazón responde de manera diferente. Tu mente recuerda Colosenses 3:23-24, que dice: ***“Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor no para los hombres, sabiendo que del Señor recibiréis recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.”***

¿Y si estás pasando por un momento de incertidumbre o confusión? Imagina que mientras estás en la cama, pensando en tu situación, Santiago 1:5 te viene a la mente: ***“Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.”*** Y luego Proverbios 3:5-6: ***“Fíate de Jehová de todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas.”***

¿Y si vas al médico y descubres que tienes Covid-19? Imagina que, en ese momento de conmoción, tu mente va a Filipenses 4:6-7: ***“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”*** Luego, cuando comienzas a asimilar ese versículo, otro te viene a la mente: ***“A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”***

(Romanos 8:28).

En los días venideros, clamemos a Dios pidiendo hambre por Su Palabra y demos los pasos necesarios para estudiar la Palabra de Dios, escuchar la Palabra de Dios, memorizar la Palabra de Dios y meditar en la Palabra de Dios, para que podamos prepararnos para conocer a Dios y darlo a conocer. Que la palabra de Dios more en abundancia en nosotros (Colosenses 3:16) mientras nos unimos a las palabras del Salmo 1:1-3:

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; ² Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. ³ Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.

El Salmo 19:7-11 dice:

*La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;
el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.*

*Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos.*

*El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre;
los juicios de Jehová son verdad, todos justos.*

*Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado;
y dulces más que miel, y que la que destila del panal.*

*Tu siervo es además amonestado con ellos;
en guardarlos hay grande galardón.*

Cuestionario:

1. ¿Qué te pareció interesante del sermón?
2. ¿Cuál es uno de tus versículos bíblicos favoritos? ¿Por qué?
3. ¿Te acuerdas de un momento en que la Palabra de Dios te ministró de una manera especial?
4. ¿Cómo resumirías las pruebas de Jesús como el Mesías que dio Pedro en su sermón?
5. ¿Cómo puede uno empezar a acercarse a la Palabra de Dios de forma regular?
6. ¿Qué necesitas recordar de este sermón?
7. ¿Qué necesitas hacer al respecto?
8. ¿Cómo podemos orar por ti?